

oscuros, mal entendidos y por mucho tiempo falsificados y admitidos como verdad. La segunda de las razones en que la Academia se basa para mantener su opinión, es la propia condición del autor de la obra, profesores de nuestros Institutos que, cumplidos los deberes de su misión, dedican sus estudios á esta noble labor, que tiende al progreso de nuestros conocimientos científicos, se hacen merecedores de toda clase de legítimas recompensas.

El informante, por lo tanto, es de opinión que á la consulta dirigida á esta Real Academia por la Subsecretaría del Ministerio de Instrucción pública, debe contestarse que la obra *Viriato no fué portugués*, está de lleno en las condiciones de las disposiciones vigentes, para que el Estado pueda otorgarle su protección en la forma acostumbrada.

La Academia resolverá lo que estime más oportuno.

EL DUQUE DE T'SERCLAES.

III

FILIP II AF SPANIEN; HANS LIV OG PERSONLIGHED

(*Felipe II de España: su vida y carácter.*)

Autor: CARLOS BRATLI.—Copenhague, 1909.

Hace un momento me ha cabido el honor de proponeros, en unión con otros dignos individuos de esta Real Academia, el nombre de un escritor extranjero para que sea admitido á la cooperación de nuestros trabajos en calidad de Correspondiente, con arreglo á nuestras prácticas reglamentarias; y no he de dejar pasar la oportunidad de esta misma sesión para suplicaros me concedáis la gracia de haceros conocer, con la noticia é informe de una de sus obras, la más reciente, los títulos que ha adquirido, con labor en mi concepto extremadamente preciosa, á nuestra distinguida consideración. Este ilustre escritor é historiador extranjero, natural de la capital de Dinamarca, en cuyos Gimnasios cien-

tíficos hizo su educación escolar, es el Sr. Carlos Bratli, discípulo de otro Correspondiente nuestro, á quien me cupo también en suerte proponer al honor de esta Academia, el Sr. Carlos Schmitd, esclarecido profesor del Gimnasio de Odensée, capital de la Fionia, y á quien la Historia moderna de España debe la obra mejor documentada y de más imparcial y elevada crítica que hasta ahora se ha escrito en ninguna lengua europea sobre la gallarda expedición de las tropas españolas, como auxiliares de las de Napoleón, á las márgenes del Elba, bajo el mando del benemérito marqués de la Romana, y su aún más gallarda retirada de aquel país.

El Sr. Bratli, el discípulo predilecto del Sr. Schmitd, se ha remontado á otros fastos aún más solemnes y gloriosos de nuestra antigua historia nacional. Aficionado desde joven á la investigación de los documentos, familiarizado con la mayor parte de los idiomas que se hablan en el Continente, y con los que en él se han hablado en los tiempos clásicos y en los tiempos medios, y habiendo encontrado en los *Archivos Reales* de Copenhague una enorme cantidad de documentos españoles de Estado, pertenecientes en su mayor número al siglo xvi y al reinado de Felipe II, documentos que hacia la mitad del siglo xviii habían sido adquiridos en Madrid por uno de los representantes diplomáticos de Dinamarca en España, de tal modo se dedicó á su exploración y á su estudio, que proponiéndose utilizarlos en una obra de carácter crítico, más fundamental, logró que su Gobierno le protegiera en tan laudable pensamiento, otorgándole una pensión por cierto número de años, para hacer una excursión investigadora por los Archivos de Alemania y Austria, Holanda y Bélgica, Inglaterra y Francia, y sobre todo de España, con el objeto de que la ilustración de su obra fuese tan completa como se hacía necesario, para llevar á cabo, siquiera fuese en un mero ensayo, una obra de análisis crítica y afirmación concluyente, que diera á conocer en el verdadero perfil de su histórica figura á los pueblos del Norte de Europa, la siempre augusta y austera y por tantos siglos tan combatida en el mundo político y sabio, de nuestro gran Monarca Felipe II de Austria, en la que, á tra-

vés de todas las controversias encarna siempre, como en ninguna otra, el sello indefectible del carácter, del genio y del espíritu español.

Bien ha dicho nuestro digno director el Sr. Menéndez y Pelayo, juzgando la intensa labor del erudito y diligente belga Luis Próspero Gachard, que á hombre tan tenaz y ubérrimamente laborioso la España de Felipe II deberá perpetuamente gratitud; pero aunque la labor hasta ahora del Sr. Bratli no pueda ser, hasta á causa de su edad, tan intensa como la del primero, nuestro reconocimiento hacia él sube de punto, al encontrarnos por vez primera un escritor entusiasta, procedente de las Monarquías más persistentemente luteranas de Europa, que desciende de su país para registrar, en larga peregrinación por nuestro vasto Continente, toda la bibliografía antigua y moderna y de todas las lenguas cultas, relativa al período de su estudio; á explorar todos los documentos, no destinados al producirse al torrente de la publicidad, más concernientes á los problemas generales que agitaron el mundo cuando sobre él se ejercía la supremacía política que en su cetro llevó el gran Monarca español; y, desnudándose por completo de los prejuicios de tradición, de confesión, de interés, constituídos por el influjo del tiempo y el tesón de tantos escritores insignes casi en definitiva conciencia de los hechos y de los nombres que habían de ser objeto de su examen, á venir á los mismos parajes donde se realizó la acción de tantas cosas contrapuestas, á reconstruir el ambiente de aquella vida, de aquellas ideas y de aquellos intereses que sirvieron de palanca á cada entidad, á cada actitud, á cada juicio y á cada aseveración, á poner en confrontación luminosa tantos coeficientes y tantos elementos de lucha y de discordia, y á deducir con serena imparcialidad, con fe segura, con criterio razonado, las sentencias que han de influir en el país de donde el escritor arranca, en las rectificaciones profundas que reclama la verdad obscurecida por tantos empeños hostiles, y mucho más amplias que las que en Bélgica lograron iniciar con la fe de sus documentos el mencionado Gachard y sus ilustres continuadores, y en España, sin tan prolijos trabajos, intentaron ensayar

no más que ensayar hasta ahora, Bermúdez de Castro, Pidal, Lafuente, Montaña, Muro, Cánovas del Castillo, Fernández Duro y algunos otros.

Pero antes de entrar en el examen profundo de la obra crítica del Sr. Bratli, con razón me demandaréis la descripción de su libro, aunque el autor, con fina galantería, ya se apresuró desde el primer momento de su publicación á ofrecer generosamente uno de los mil ejemplares de la edición que ha hecho, á la ilustración de la Academia. El *Filip II af Spanien* del Sr. Bratli forma un volumen elegantemente impreso en 4.º, de 283 páginas, al que acompañan seis fotograbados y un autógrafo. Cuatro páginas ocupa el *Prólogo* (Forord), y otras tres una *Advertencia preliminar* (Indledning); el texto, desde la página 18 hasta la 134; las 356 notas explicativas y de prolija erudición, hasta la 185; desde la 186 hasta la 224, otros nueve *Apéndices* documentarios; desde la 225 hasta la 270, una extensa bibliografía sobre Felipe II, de 304 obras y 249 autores, y, finalmente, desde la página 271 hasta la 283, un *Índice alfabético* de nombres. Las ilustraciones fotográficas están constituídas por el retrato del Rey *Felipe II*, de Pantoja de la Cruz, de nuestro Museo del Prado; el de Tiziano, de la Galería Pitti, de Florencia, siendo Príncipe; una vista panorámica del Monasterio de El Escorial; otra de la Biblioteca del mismo Monasterio; otra de la celda de Felipe II, en el mismo; el grupo orante de Pompeo Leoni á la izquierda del altar mayor del gran templo, y un autógrafo del Rey, en carta dirigida por éste al Papa Gregorio XIII, en 18 de Enero de 1578, tomada de los Archivos del Vaticano. También en la cubierta hay otro retrato del Rey-joven de la Pinacoteca de Munich.

En el *Prólogo* expone el autor cuál es su teoría, sobre lo que nuestro gran Cabrera de Córdoba llamaba en su tiempo *Del modo de escribir y entender la Historia*. Sin embargo, el señor Bratli no toma á nuestro insigne preceptista antiguo por maestro, sino al sabio alemán moderno Guillermo Maurenbrecher en su ensayo *Ueber die Objectivitat des Historikers*, impreso en 1882, de quien nuestro ilustrado D. Ricardo de Hinojosa nos dió á

conocer en 1887 algunos otros de sus *Estudios sobre Felipe II (Dee Lehrjahre Philipps II von Spanien)*, y quien en la obra referida sienta que «la justicia histórica nos obliga á considerar cada personalidad histórica de que tratamos desde el punto de vista y el ambiente de su propia época, conforme á las ideas y opiniones del tiempo en que vivió, y que de ninguna manera es lícito juzgarlas bajo el influjo de nuestra moderna manera de pensar y de sentir». Ya antes se ha dicho que á este principio, de suma equidad histórica, es á lo que sujetó primero sus investigaciones y después su crítica el Sr. Bratli para el estudio que se trazó. Bajo este principio fué bajo el que se comprometió á dar á los países del Norte, de donde vino á practicar este estudio, *la idea exacta del carácter verdadero de Felipe II, tanto como hombre íntimo, cuanto como Rey*, toda vez que, apenas inició sus primeras investigaciones, hallóse desde luego con los prejuicios religiosos, políticos y apasionados que habían regido la mano de la mayor parte de los autores á quienes hasta ahora la Historia había prestado su fe, siéndole fácil comprobar después que los materiales que éstos habían utilizado para sus obras, lejos de poder considerarse como fuentes legítimas de información, sólo hacían transpirar el espíritu tendencioso con que se escribieron, cuando no descansaban indignamente sobre vituperables invenciones. Hasta en el examen de muchos de los documentos comprobados, saltáronle á la vista sus deliberadas mixtificaciones, aunque en realidad el mayor caudal de los elementos de honrada rectificación que al paso con profusión enorme le salieron, estaba constituido por la copia preciosa de la documentación, enteramente virgen é inédita, que sobre todo en nuestros Archivos de Simancas y en los de Italia, vinieron á revelarles el criterio más exacto sobre las cosas y las personas, teniendo en cuenta que, no destinados á la publicidad, con toda sinceridad custodiaban el espíritu real de los que los escribieron.

Con estos documentos y con las investigaciones bibliográficas que sirviéronle para la obra extrema de su confrontación, al Sr. Bratli, en la primera parte de su libro (págs. 18 á 52), se le impuso el examen minucioso de las principales obras que sobre

Felipe II se han publicado desde el siglo xvi al xix en todas las lenguas cultas, para demostrar con ellas el origen de las leyendas, falsedades y calumnias que el odio religioso, la rivalidad política, la ignorancia maliciosa y el interés depravado hicieron inventar primero y han sido sostenidas después para denigrar la gran figura del monarca español. Mas, gracias á estas investigaciones y á estos confrontes, el autor danés del libro que se examina ha podido hacer patente, de modo que no admita duda ni controversia, que los autores que hasta aquí han pasado como de mayor autoridad, el mismo Gachard (pág. 22), Mignet (página 39), Hume (en la misma página), ó se han fiado de documentos cuyo origen no habían conocido con perfecta exactitud, ó los han interpretado con absoluta falta de sinceridad y de buena fe. El estudio crítico del Sr. Bratli de la *Apología* del Príncipe Guillermo de Orange (pág. 19); de la *History of the reign of Philipp II*, de Robert Watson (pág. 20); de las *Relaciones y Cartas*, de Antonio Pérez (pág. 20); del *Antonio Perez et Philippe II*, de Mignet, y del *Don Carlos et Philippe II*, del propio Gachard (páginas 20 y 21); la novela de Saint Real y los opúsculos anónimos de Pierre Matthieu, los de Brantôme y toda la fantasía literaria de los Otway, los Campistron, los Alfieri y los Schiller (página 27), aniquila la leyenda tradicional que invade toda la literatura histórica de Europa, desde el último tercio del siglo xvi en adelante, y sacando del polvo del olvido, como documento de gran importancia, la *Relatione di Spagna del florentino Cammillo Guidi*, que entera reproduce entre los apéndices documentarios (págs. 186 á 201) hasta ahora inédita é interesantísima, empieza la reconstrucción del verdadero retrato del Rey español, con la ayuda de los demás documentos, basándose en primera línea tanto en este y otros documentos auténticos de personas contemporáneas que hasta aquí habían sido condenados al olvido, cuanto en las cartas familiares del Monarca, en la correspondencia con sus ministros y en el concepto que de él tuvieron los que le conocían de cerca y formaron la opinión verdadera de sus eximias prendas. Solamente en esta parte del estudio del señor Bratli, en el examen de la inmensa literatura extranjera hasta

aquí publicada sobre la España del siglo xvi, basta para que la Academia deba reconocerle un título de alto aprecio por su laboriosidad y alto criterio, así como España entera un voto de gratitud por lo que este escritor extranjero se interesa hasta por el honor de nuestro nombre.

Desde el capítulo iv (págs. 53 á 66), acaso inspirándose en los primeros capítulos del *Bosquejo histórico de la casa de Austria*, del que fué ilustre Director de esta Academia, el Sr. Cánovas del Castillo, ó acaso en este punto de vista coincidiendo con él, entra en la descripción del estado físico, moral, social, político y económico de nuestra patria al mediar el siglo xvi (pág. 53 á 56). Era en Bratli indispensable este estudio para reconstruir el ambiente en que Felipe II nació, se educó y reinó, conforme á la ya expuesta doctrina de su maestro Maurenbrecher. Nuestros historiadores generales no se creyeron en el deber de profundizar este asunto. El tiempo de Felipe II era la continuación de los anteriores, y al formar la progresión de la historia, estas premisas quedaban incluídas en la narración general de los hechos. Lo mismo estimaron los historiadores particulares; sobre todo Juan Ginés de Sepúlveda y Cabrera de Córdoba, Van der Hammen y Porreño, San Miguel y Pidal. Pero Cánovas del Castillo, con su gran intuición, comprendió que del desconocimiento de estos precedentes nacían tal vez muchos de los errores en que en sus juicios incurrieron nuestros más autorizados historiadores nacionales, y al fijar bien estas especies como estudio preliminar de su *Bosquejo histórico*, quedaron desvanecidas ó cuando menos rectificadas aquellas ideas sobre la condición particular de la raza, sobre la fertilidad y riqueza del suelo, sobre el espíritu moral y social y sobre la orientación histórica y política, acerca de las cuales todo se volvía fantasías de capa y espada que apartaban la conciencia nacional, así de la dirección bien acertada de sus destinos, como de la graduación práctica de las fuerzas propias y de su empleo. Bratli no profundiza tanto, pero estudia bien los matices de que estaba compuesto el espíritu español, desde que, después de la tenaz cruzada de los ocho siglos, los Reyes Católicos fundaron la unidad nacional, desde que la herencia providencial de esta

nueva monarquía incorporóse en Carlos V á la grandeza del Imperio, desde que el vínculo estrecho de la augusta familia que apoyaba un pie en Madrid y desde Madrid en Nápoles, en Milán y en Bruselas, y sustentaba otro pie en Viena y en todos los círculos de Alemania. Tiene Bratli razón en reconocer que nuestro espíritu nacional estaba influido de aquel profundo misticismo y de aquel profundo fanatismo que era la resultante indeclinable de nuestra larga lucha con el misticismo y el fanatismo de los moros y judíos que habían convivido con nosotros tan largos siglos en la Península, unos como adversarios perpetuos y otros como huéspedes no bien queridos. Tiene razón en designar que el símbolo de la ciencia española fué en el siglo de Felipe II *la mística*, como en las otras naciones que no habían participado de nuestros hechos seculares ante tantas civilizaciones en pugna, se habían podido consagrar á *la Filosofía y á la Metafísica*. Tiene razón en marcar la influencia que para consolidar más esta tendencia de nuestra fuerza intelectual, inmediatamente se desarrolló en frente de nuestro poder moral y de nuestro poder material, la rivalidad ardiente y sangrienta del protestantismo. Tiene razón en reconocer la importancia grande que en este estado permanente y tantas veces secular de nuestro desarrollo histórico, la Iglesia, en cuyo auxilio descansaba la mayor palanca de nuestra fuerza, tuvo que adquirir y mantener con todo el vigor que aún la caracteriza aquella supremacía de inspiración y de arranque que nos hacía desalojar á los moros de Granada, descubrir el complemento del planeta, enfrenar á nuestra superioridad política, no sólo el Mediterráneo, el mar de la civilización, sino el impenetrado Atlántico, el mar de las promesas del porvenir; pero si esta supremacía de la Iglesia en nuestra organización fundamental fué una fuerza nacional en medio de las luchas contra el poder agareno y en medio de las luchas contra las invasiones del protestantismo, que en todo orden de intereses se dirigía exclusivamente á menoscabar el poder de España que el hijo de Carlos V había heredado del genio y la fortuna de sus augustos progenitores, entonces Felipe II no fué un hombre, sino un principio, un principio en que totalmente se compenetraba con el espíritu

esencial de la nación portentosa que regía, y entonces de Felipe II no puede hablarse como persona, ni aun como rey, sino como símbolo inseparable é indivisible de la nación española, que engrandecía con sus virtudes, su saber y sus heroísmos la figura gigantesca del mayor de sus monarcas. El ambiente de que Bratli rodea á Felipe II para juzgarle mejor en su vida y en su carácter, es el espíritu de España con el que el rey se compenetró de tal modo, que toda España en su tiempo era y fué Felipe II y Felipe II en toda la magnitud de su genio y su carácter la representación entera y total de la España de su tiempo. Las alabanzas ó los vituperios al rey son alabanzas ó vituperios á España. Las calumnias del Príncipe de Orange, de Antonio Arnauld, de Antonio Pérez, de Pedro Matthieu, de Saint Real, de todos los calumniadores, detractores é inventores de las fábulas y leyendas contra Felipe II, son las calumnias, las detractaciones y las invenciones de odiosas mentiras contra España, y Bratli, que así lo reconoce y lo promulga, merece por este hecho el testimonio de la gratitud de nuestra nación. Esta labor del escritor danés es tanto más de estimar, cuanto que sería un error sospechar siquiera que el Sr. Bratli ha querido formar con su obra un florilegio ciego del rey Prudente. El tema de su libro, que en todas sus páginas se justifica, es: *Veritate non ornamento*; y la obra entera en su profunda crítica no es sino el homenaje de un valor inmenso á la verdad.

Sería necesario dar una extensión excesiva á este Informe proponerse explicar la índole de cada capítulo de la obra del señor Bratli con la prolijidad en que tal vez minuciosamente me he dilatado al dar á la Academia cuenta del pensamiento preliminar con que el autor adelanta sus disposiciones para entrar en la materia esencial de su obra. Pero me habéis de permitir al menos que, brevemente, os haga un mero índice de su contenido. En la primera parte, en que el autor trata de *La literatura histórica sobre Felipe II*, el capítulo I analiza los autores que escribieron fuera de España y las leyendas y relaciones tendenciosas que de ellos emanan, como base de su inspiración para toda la literatura ulterior sobre el mismo personaje. Para que la Aca-

demia aprecie bien el odio general que contra España y los españoles se sembró en estas obras, que llenaron los últimos años del siglo xvi y todo el xvii, reproduciré solo una de las anécdotas que narró Luis Aubery en sus *Memorias*, publicadas en 1680: «Uno de los marineros del almirante Luis Boisot, dice, durante el sitio de Leyden, habiendo arrancado el corazón á un español, se lo comió crudo públicamente; ¡tan violenta era la pasión y la aversión de estas gentes contra los españoles!» En este capítulo Bratli desmenuza la *Apología* y aun la figura de Guillermo de Orange, las *Relaciones y Cartas* de Antonio Pérez, los folletos y libelos manuscritos de la época, como la célebre *Vida de Felipe II*, que no es de Antonio Pérez ni de Saint Real como dice el prólogo del libro de Vander Hammen (*Don Felipe el Prudente*, segundo de este nombre... Madrid, 1632), sino de la narración de la *Histoire de France* (París, 1607), de Pierre Matthieu. Del mismo modo deshace con argumentos incontestables la autoridad inmerecida de la *Chronique scandaleuse* (edición de París de J. A. C. Buchon), del abate Pedro de Bourdeille Brantôme, y las invenciones calumniosas de De Thou (Jacobo Augusto Tuanus: *Historiae sui temporis*. París, 1604) y de los historiadores italianos contemporáneos, teniendo frases de sentida reprobación para el español D. Cayetano Manrique, que todavía en 1868 vertía al castellano el *Don Carlos* de Saint Real, aunque ya desde 1776 había sido traducido á nuestra lengua ignominiosamente, siendo publicado en Leipzig. Por último, en este capítulo, entran bajo el examen racional y desinteresado de Bratli Gregorio Leti con su *Vita del catolico Ré Filippo II* (Coligni, 1679), de Roberto Watson con su *The history of the reign of Philipp the Second, King of Spain* (Londres, 1777), cuya obra califica de superficial y ñoña, y por último de los dramas históricos en que malamente entran los nombres en otras obras venerables de Alfieri y Schiller.

En el capítulo segundo, y con tan concienzudo criterio, entra en la apreciación de los autores modernos que fuera de España han escrito también sobre Felipe II, con los prejuicios ya constituidos en conciencia general para este género de escritores, y en tan minucioso examen entran Llorente, Dumesmil, las obras

críticas de Ranke y de Raumer, los dos alemanes, las *Relaciones de los embajadores vénetos*, los libros de Weiss, de Gachard mismo y de Mignet, editando como inédito el *Proceso de Antonio Pérez* que estaba universalmente conocido; los de Prescott, con su modo singular de juzgar á España; los del suizo Reinoldo Baumotark, tal vez entre todos estos escritores de asuntos históricos españoles el que mejor estudió y conoció á España, dándonos en su *Felipe II, rey de España* (Frisburgo, 1875), un libro tan ameno como sabio; los de Fornerón, de quien ignora por qué en España se le reconoce una autoridad tan ilegítima é inmerecida; la obra voluminosa y muy acreditada del belga Alejandro José Naméche; el libro reciente del hispanófilo inglés M. A. S. Hume *Two Englis Queens and Philipp* (Londres, 1908), y el del curiosísimo escritor danés Grimm Thomsen, publicado en Copenhague en 1852 con el raro título de *Tiberius og Philipp II*. No hay que decir que en el juicio crítico del autor toda esta bibliografía sigue siendo analizada con el mismo afán que los libros anteriores para fijar bien las ideas con que restituir sus laureles á la verdad.

Todavía esta primera parte del libro del Sr. Bratli tiene un tercer capítulo consagrado exclusivamente á los *Historiadores españoles de Felipe II*. Claro es que los principales *cronistas* de su tiempo no llegaron á tratar su época contemporánea; y que si alguno detalló algo de ella, como el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, su obra, en cambio, permaneció ignorada hasta que en 1780 fué dada á la estampa por el celo y la iniciativa de esta Real Academia. Más que las de Garibay, Sandoval y Herrera, el libro histórico verdaderamente importante de la *Vida de Felipe II* es el de Luis Cabrera de Córdoba, y de este libro, del que sólo se imprimió en 1619 la primera parte en Madrid, ya la incuria de los últimos tiempos había permitido que en su original primitivo desertase de la patria para ir á enriquecer una Biblioteca extranjera, y tal vez nuestra literatura histórica careciera todavía de él, sin la plausible diligencia del último conde de Torreno, que confió su copia en París á nuestro digno compañero el Sr. Rodríguez Villa, á los comienzos de su carrera, y que des-

pués espléndidamente la hizo imprimir en el primer año de la proclamación del Rey D. Alfonso XII, para que viniera á contribuir con su sincera autoridad á estas grandes reparaciones que de algún tiempo á esta parte contribuyen á rectificar nuestra historia para purificarla de tantos errores como en ella se han introducido, y dar con las nuevas versiones tributo á la verdad y honor y gloria á la patria. Bratli también así lo considera, y aunque elogia los esfuerzos de Parreño y de Vander Hammen, sólo á Cabrera de Córdoba, de quien el cura de Sacedón extractó su florilegio anecdótico, otorga la importancia real que se le debe. El autor danés echa después, lamentándolo, de menos el silencio de dos siglos de nuestra literatura histórica respecto á la gran figura nacional de Felipe II, hasta que en pálidos ensayos Bermúdez de Castro despertó su memoria de nuevo. Los fundadores de la importantísima *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* arrojaron á la conciencia ilustrada del país los testimonios extraídos de nuestro inagotable Archivo de Simancas; el duque de San Miguel secundó la iniciativa, aunque produciendo una obra de escasísima importancia; Lafuente, en su *Historia general*, atacó la época del gran Rey con otra extensión de miras y de conceptos, y comenzaron con el primer marqués de Pidal las interesantes monografías de episodios ó de nombres singulares á que Muro y nuestro Fernández Duro dieron un realce á su estudio, cuya continuación habría que estimular por todos los medios á nuestro alcance. Otros nombres saca el autor danés, como el del P. Fernández Montaña, en su labor rehabilitatoria, pero apenándole que no siga activo, ilustrado, juicioso, el movimiento; pues bien que el autor no lo expresa, al Académico que informa toca decir aquí que, aunque laudables los trabajos de vindicación que en nuestro honor proyectan los extranjeros, á nosotros es á quienes atañe esta labor continua, intensa y patriótica. No termina esta parte de su trabajo el Sr. Bratli sin pasar revista á nuestra literatura dramática sobre Felipe II, como antes se hizo cargo de la extranjera del mismo orden y sujeto: estudia, pues, *El Príncipe Don Carlos*, de nuestro Enciso; *El segundo Séneca de España*, de Montalbán; *El alcalde de Zalamea*, de Calde-

rón, y *El haz de leña*, de Núñez de Arce, y la Academia comprenderá que autor tan estudioso sabe perfectamente discernir entre las obras antiguas, en las que sólo prevalecía el espíritu y el sentimiento virgen de la inspiración nacional, y las de los tiempos modernos en los que el espíritu sectario, caído sobre nuestra patria de otros cuadrantes, tanto ha relajado, por desgracia, la conciencia honrada de la nación.

Sobre la segunda parte de la obra del Sr. Bratli, que trata del estado político y económico de España á mediados del siglo xvi, la Academia reconocerá que, al comienzo de este Informe, se ha dicho ya bastante. Faltan, pues, por recapitular los capítulos v y vi, que se consagran: el primero, á bosquejar á Felipe II como hombre y como Príncipe, desde los primeros pasos de su infancia; á continuación, en su preparación ó educación para el ejercicio de su Principado, como heredero inmediato y único de los Estados, de la política y de la grandeza de su padre, desenvolviéndose en el párrafo tercero, y aparte, de una manera preciosa el tema *Del destino de España en manos de Felipe II*, ajustándose al principio, que hoy podríamos calificar de esencialmente democrático, que el autor deduce de un pasaje de carta del mismo Rey al duque de Alcalá, su embajador en Roma, en 10 de Septiembre de 1538: «*El Príncipe*, escribía al duque el Rey Felipe II, *fué instituido á instancias del pueblo...*, y su intento y fin ha de ser trabajar para el pueblo.» La síntesis de la obra del Sr. Bratli se halla en el capítulo vi de su libro, que lleva por epígrafe: *Lo que debe España á Felipe II*. Según el autor danés, España debe á su gran Monarca: Primero, la unidad religiosa en su perpetua lucha contra los herejes y los moriscos; en segundo lugar, la unidad política, habiendo sometido á su cetro soberano todos los Estados de la Península; y por último, la unidad del Rey con el pueblo, habiendo sido el único Monarca hasta su tiempo en quien encarnó más que en ningún otro el espíritu nacional. «Se le llama fanático á este Rey, escribe el Sr. Bratli: su fanatismo no fué más que su celo religioso; se le culpa de déspota: sólo fué la conciencia intransigente y la voluntad firme de gobernar con autoridad; se le ha querido dibujar cruel... no fué más que en su justicia inexorable.»

En la detallada descripción que al empezar se hizo de la obra del Sr. Bratli, va reseñado todo lo demás que contiene. El Académico que informa opina que la Academia, la Historia patria, la nación entera, deben á este escritor extranjero inmensa gratitud.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

IV

BRITANOS Y GALOS

Páginas de la guerra de la Independencia (1808-1809), por D. F. Tetamancy Gaston. La Coruña, Imp. de Ferrer, 1910.

Por acuerdo de la Academia y disposición del señor Director, con fecha del 11 del actual se me ha confiado emita informe sobre el libro cuyo título encabeza estas líneas. Es un volumen en 4.º de 213 páginas con los índices; distribuído en una Introducción y ocho Capítulos de texto, un Índice de 11 Apéndices documentarios y otro de 37 Ilustraciones en fotograbados y dibujos, entre los que sobresalen por ser sumamente interesantes y desconocidos los retratos del capitán del regimiento de Asturias, de la expedición del Marqués de la Romana, D. Ramón Posse, sacado de una preciosa miniatura del tiempo, y el del antiguo del oficial de la Real Armada española D. Francisco Bermúdez de Sangro, uno de los primeros emisarios que la Junta Suprema de Galicia envió á Londres, en Mayo de 1808, á negociar con el Gobierno británico una base de inteligencia y alianza para rechazar en la Península como aliados de España al ejército napoleónico que nos había invadido. El retrato del Sr. Sangro, que en fotograbado se publica en esta obra, tiene todas las trazas de haber sido tomado de un cuadro en lienzo, original y trazado *de visu*, lo que le da mayor importancia. También forma parte de sus ilustraciones un *Croquis de la batalla de Elviña* levantado sobre el terreno y con arreglo á los documentos y planos de la época, por el capitán de Estado Mayor D. Juan López Soler, y toda la